

El colapso argentino parece no tener fin (1)

por Daniel SAN SEBASTIAN

¿Cuál puede ser el límite en el hundimiento general de un país? ¿En qué momento llega a "tocar fondo" antes de precipitarse en el caos general? Argentina, en ese sentido, está ofreciendo el ejemplo más ilustrativo de cómo un país dueño de inmensas posibilidades y recursos, se desploma a tal extremo que todos los valores culturales, sociales y morales pierden su contenido y se transforman en simples slogans que ya no alcanzan a convencer a nadie.

Los dos últimos meses, se han caracterizado, en ese país, por ser aún más catastróficos que los anteriores. En los meses precedentes ya hubo una devaluación del peso del 400 por ciento, en tanto que la inflación se incrementaba, en lo que iba del año, en un 75 por ciento. Solamente el precio de la carne, tradicional alimento de los argentinos, aumentó un 66 por ciento en apenas dos semanas. Poco después, cuando la afirmación del Ministro de Economía, Lorenzo Sigaut, de que no habría nuevas devaluaciones, flotaba aún en el aire, se produjo una espectacular baja de peso —la cuarta en el año— con lo cual un dólar pasó a costar 7.500 pesos nuevos, es decir, 750 mil de la antigua moneda. En el mercado negro, la divisa norteamericana llegó a cotizarse a 8 mil 500 nuevos pesos.

Lo curioso del caso es que tres de esas cuatro devaluaciones fueron precedidas de un pedido de confianza del Ministro de Economía y del propio General Viola quienes, incluso, se quejaron del descreimiento de la población en sus afirmaciones. En esas tres ocasiones, Sigaut declaró firmemente que no se producirían nuevas bajas del peso.

El monto del endeudamiento del sector privado alcanza la sideral cifra de 101 billones de pesos proclamándose una moratoria impositiva general pagadera en 20 cuotas indexadas.

El déficit de la balanza comercial en el primer semestre de este año supera los 600 millones de dólares y de aquí a fin de año los militares argentinos deberán abonar por concepto de deuda externa, de servicios de intereses y amortizaciones casi 8 mil millones de dólares, que obviamente no tienen.

Simultáneamente con este proceso que ha obligado a la Argentina a disminuir sus reservas de 10 mil millones de dólares a solamente 1.200 millones, se desató una ola de despidos y suspensiones sin precedentes en la industria de ese país. La fábrica de automóviles Renault suspendió a 5 mil obreros, la Dodge-Volkswagen y la Fiat hicieron lo propio con casi 8 mil trabajadores y Mercedes Benz dispuso la cesantía de 300. En la rama textil fueron dejados cesantes 250 trabajadores mientras se suspendía a 6.000 más, con lo cual totalizan 10.500 los obreros textiles que han perdido, definitiva o temporalmente, su trabajo. La fábrica Ford, que ya había reducido en una hora la jornada

diaria (hora que, por supuesto, no se paga), redujo también en un día la semana laboral y se dispone a añadir otros días más con lo cual los trabajadores sólo estarían en actividad tres días a la semana. Medidas como ésta, reducen en forma dramática los salarios, de por sí ya bajos, que cobraban. Los signos de la crisis resaltan en todos los sectores; incluso en el propio gobierno quien ha debido sustituir en varias oportunidades al presidente del Banco Central debido a las diferencias manifestadas públicamente. Las capas medias de la población, por su parte, se agolpan frente a las casas de cambio tratando de comprar dólares y resguardar, así, aunque sólo sea temporalmente, el poder adquisitivo de sus sueldos. Muchos industriales han quebrado o se hallan al borde de la ruina y cientos de fábricas se vieron obligadas a cerrar sus puertas.

La respuesta masiva más importante frente a tal situación, ha sido la huelga del Sindicato de Mecánicos (SMATA), que paralizó en junio, a unos 150 mil trabajadores. La represalia de la dictadura consistió en el arresto de mil quinientos obreros que intentaban realizar un acto de protesta.

EL TIEMPO DE LA ILEGALIDAD

Mientras tanto, la ilegalidad impuesta por la dictadura no cede terreno. Recientemente, un cable de France Press informaba de la muerte de un soldado argentino perteneciente a la Fuerza Aérea, cuyos restos fueron entregados a sus familiares en una urna herméticamente cerrada. El joven se llamaba Carlos Fernando Olgún y tenía tan sólo 20 años de edad. Quince días antes, Olgún había cruzado la cordillera para solicitar, junto con un compañero suboficial de la Fuerza Aérea, asilo a las autoridades chilenas.

No se trataba de un asilo político; las razones que impulsaron a los dos jóvenes a trasponer la frontera fueron exclusivamente económicas. En Argentina ganaban muy poco dinero y tenían apremios económicos. Creyeron que en el país vecino obtendrían mejores salarios. Tampoco eran espías de ningún bando: sencillamente eran dos muchachos que se lanzaron a una aventura que muchos, particularmente a los 20 años, han ensayado con mayor o menor suerte.

Pero como existe un conflicto fronterizo entre ambos países, Chile prefirió un gesto de buena voluntad y devolvió al Ejército Argentino a los dos "aventureros". Una semana más tarde, Olgún moría. Y los familiares recibían una urna cerrada y la orden terminante de enterrarlo inmediatamente.

¿Cómo murió, en qué circunstancias, quién lo mató? Esas preguntas no fueron respondidas. Presumiblemente, el joven fue asesinado por sus superiores en un acto de impunidad que la prensa argentina no se ha

animado a comentar. Y este hecho, que aparentemente podría carecer de importancia en un país donde existen 20 mil personas cuyo paradero se desconoce revela en realidad que el actual equipo no está dispuesto a modificar sustancialmente la política de crímenes de sus antecesores. Para confirmarlo, otro cable señala que el trabajador de San Juan, Horacio Alberto Castro, que tuvo la audacia de participar en una huelga, fue secuestrado y su cadáver apareció, días más tarde, con 36 proyectiles en su cuerpo. De nada valieron los reclamos de los familiares; el gobierno guardó silencio.

Lo curioso de este hecho, es que las Fuerzas Armadas Argentinas lo cometan en nombre de una idiosincrasia nacional, en nombre del Dios de los cristianos y en defensa de poderes internacionales que presuntamente quieren penetrar en ese país. Pero los mismos diarios que guardaron silencio ante la muerte de estos dos jóvenes, ocultaron también que varios integrantes de esas Fuerzas Armadas son militantes de un organismo extranacional, ajeno a esa idiosincrasia tantas veces enarbolada.

Nos estamos refiriendo al descubrimiento de una secta masónica en Italia, con ramificaciones en otros países del mundo: la Logia Propaganda-2 (p-2), que cuenta en sus filas con casi mil figuras políticas y militares de Europa y América Latina. La organización, vinculada con negocios corruptos y clandestinos, provocó en Italia la caída del gobierno y una crisis que ha escandalizado a todo el Viejo Continente.

¿Y quiénes participan en esa logia? Entre otros, el contralmirante Emilio Massera, ex miembro de la Junta Militar Argentina; el General Carlos Suárez Masson, actual presidente de Yacimientos Petrolíferos Fiscales; un contralmirante llamado Juan Questa, y De la Plaza, ex embajador argentino en Uruguay.

Es decir, que los mismos hombres que asesinaron a aquellas 20 mil personas acusándolas de responder a intereses foráneos, son los que participan en grupos clandestinos vinculados a atentados neofascistas, asesinatos de políticos europeos y desfalcos bancarios que han escandalizado a toda Europa. Son los mismos hombres que han enviado 80 oficiales a El Salvador, para participar en la matanza indiscriminada en ese país centroamericano. Los mismos que participaron en el golpe de Estado de Bolivia y el asesinato del inolvidable Marcelo Quiroga Santa Cruz. Y los mismos oficiales argentinos que combatieron junto a Somoza en Nicaragua.

Los militares argentinos parecen haber logrado un viejo anhelo: convertirse en una fuerza de choque continental, participar en superestructuras clandestinas mundiales y eliminar una generación completa de seres humanos en su propio país.